

RICARDO LEVENE

Manuel Antonio de Castro

Último Gobernador Intendente de Córdoba, reformador de su Universidad
y Biblioteca Pública

IMPRENTA DE LA UNIVERSIDAD

CORDOBA (R. A.)

1941

MANUEL ANTONIO DE CASTRO

ULTIMO GOBERNADOR INTENDENTE DE CORDOBA, REFORMADOR
DE SU UNIVEESIDAD Y BIBLIOTECA PUBLICA

POR

RICARDO LEVENE



N el estudio de las ideas argentinas tiene significado propio la concepción cultural de la Historia. Mitre destacó el valor de los principales hombres representativos en la formación política de la nacionalidad y Juan María Gutiérrez proyectó luz sobre algunas figuras del pensamiento: rectores, académicos, profesores, escritores, juristas, artistas, exponentes del estado mayor de nuestras instituciones de enseñanza ⁽¹⁾.

El primer ciclo histórico de reformas de la educación abarca desde la Revolución de Mayo al establecimiento de la Universidad de Buenos Aires en 1821, sobresaliendo los impulsos vigorosos de Mariano Moreno, en 1810, creando la Biblioteca Pública; de Manuel Antonio de Castro, en 1815, que fundó la Academia de Jurisprudencia; de Pueyrredón, en 1817, al organizar el Colegio de la Unión del Sud, y de Rivadavia y Sáenz, en 1821, dando vida a la Universidad.

La individualidad ejemplar representa, pero no es toda la historia de un pueblo, y aun para interpretarla hondamente, en

¹ Capítulo del libro en prensa "La Academia de Jurisprudencia y la vida de su fundador Manuel Antonio de Castro", que editará el Instituto de Historia del Derecho Argentino, de la Universidad de Buenos Aires.

sus ideales superiores y en las pequeñas luchas humanas, corresponde tener una visión de los colaboradores y obreros, ignoradas glorias que en la evolución de nuestra enseñanza levantaron la fábrica de las primeras casas de estudio, tan modestas materialmente por su falta de exterioridad y tan grandes moralmente por su fe en la cultura. La sucesión de las épocas con sus exaltadas pasiones y creencias dominantes, resultaron fecundas y creadoras del nuevo orden político, jurídico e institucional. Fueron épocas dramáticas para algunas de estas vidas universitarias e intelectuales. Se puede afirmar en efecto, y es racional que así haya acaecido, que la Revolución de Mayo dió la nueva vida de su espíritu a los que nacieron antes de 1810, como el espectáculo terrible de 1820 forjó la conciencia de la organización federal de la República.

Una de esas vidas representativas por su saber y laboriosidad, con peripecias impresionantes y errores humanos explicables, es la de Manuel Antonio de Castro, jurisconsulto y publicista, magistrado y político, existencia azarosa por los infortunios sufridos, que supo pasar con dignidad y entereza las etapas de 1810 y 1820, vórtices tempestuosos de nuestra historia.

El ingeniero Pellegrini hizo su retrato en 1831, dibujo al lápiz y tinta china, de gran valor artístico (²), y a su muerte, acae-

² "Catálogo de la Exposición de retratos, paisajes y otros trabajos ejecutados por el Ing. Carlos E. Pellegrini, reunidos en ocasión de su centenario —28 de Julio, 1800-1900—, Buenos Aires, pág. 13, N°. 12, Don Manuel Antonio de Castro, dibujo al lápiz y tinta china, alto 0,43 x 0,34. Firmado abajo: Carlos E. Pellegrini, presentado por la Facultad de Derecho de Buenos Aires. — Alejo B. González Garaño, que me facilitó la fotografía, califica dicho retrato de sobresaliente obra artística. Lo reprodujeron entre otros Adolfo P. Carranza, "San Martín", Buenos Aires, 1905, pág. 121; Jacinto R. Yaben, "Biografías Argentinas y Sudamericanas, Buenos Aires, 1938, tomo IV, pág. 881. El Dr. Luis Güemes posee un excelente dibujo al lápiz, posiblemente del mismo Pellegrini.

cida en el año 1832, la Academia de Jurisprudencia le tributó un sentido homenaje.

Dalmacio Vélez Sársfield le dedicó tres páginas justicieras, precediendo a la publicación de la obra "Prontuario de Práctica Forense" ⁽³⁾ y Juan María Gutiérrez se concretó a recordarlas, como lo advirtió él mismo ⁽⁴⁾, agregando uno que otro pormenor. De entonces acá el nombre del Dr. Castro ha sido citado por nuestros historiadores considerando aspectos de su labor. La investigación documental y la biografía que he emprendido, abarcan la vida de Castro desde su nacimiento en Salta, en 1772, y la creación y desenvolvimiento de la Academia de Jurisprudencia Teórica Práctica de Buenos Aires, en sus principales etapas. Ahora sólo me ocuparé de su actuación en el interior, en 1815 y 1816, y como Gobernador Intendente de Córdoba.



En 1815 se había iniciado una época de crisis social. El Doctor Manuel Antonio de Castro volvió a sufrir contrariedades políticas, resistiéndolas dignamente. Pertenecía a esa generación que ha debido consagrar sus energías a diversas actividades, según lo reclamaban las críticas circunstancias o lo imponían las pasiones encontradas del momento.

Instalado el Congreso de Tucumán en 1816, fué celoso defen-

³ MANUEL ANTONIO CASTRO, "Prontuario de Práctica Forense", Buenos Aires, 1834; "Noticias sobre la vida del autor", sin firma, pero pertenecientes a Dalmacio Vélez Sársfield.

⁴ JUAN MARIA GUTIERREZ, "Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires", Buenos Aires, 1868, pág. 793.

sor de su autoridad, y sus debates sobre la forma de gobierno alentaron las creencias políticas que sustentaba ⁽⁵⁾.

Esa creencia política dominante en aquel momento, traída de Europa por las nuevas corrientes de opinión, y como solución nacional, era la monarquía temperada.

Se la invocaba por muchos como una gloriosa simulación, pero algunos —y entre ellos el Doctor Castro— creyeron honradamente en la panacea de esa forma intermedia de gobierno, como después fueron partidarios sinceros de una concepción consolidada en unidad de régimen.

Dirigió el periódico “El Observador Americano” ⁽⁶⁾, publi-

⁵ En su correspondencia con José de Darregueira le aconsejaba patrióticamente que no admitiera querellas particulares y se ocupara solamente de la Constitución, porque ya lo censuraban como en la Asamblea disuelta. “Revista Nacional”, Buenos Aires, 1887, tomo III, pág. 163 y Archivo General de la Nación, donación Darregueira, carta de 18 de mayo de 1816. En carta de 26 de abril, “reservada a la amistad”, expresa: “Qué horror, compañero mío, no hay más interés por la patria que el de arribar a la dirección del Estado a cualquier costa y a los primeros empleos por cualquier medio”. “Llegó por fin Pueyrredón y llegó como un ángel mandado del cielo para librar a este pueblo de la horrorosa anarquía”. Jamás había alcanzado el furor de las pasiones a términos tan extremos, dice en un pasaje de la carta de 3 de agosto.

Al mismo tiempo escribía en “El Censor”, predicando en favor del Congreso. “Yo empecé con la carta que Vd. leerá en “El Censor” N.º 34, que incluyo con el título “Sentimientos patrióticos”: ella ha sido bien recibida y continuaré en cuanto alcancen mis fuerzas, porque si el Congreso es desobedecido debemos ver modo de salir de este país desgraciado”. Carta de Manuel Antonio Castro a José de Darregueira de 26 de agosto de 1816, en “Revista Nacional” cit., T. III, pág. 168.

⁶ “Yo voy a sostener un periódico con la imprenta que ha traído el clérigo Pasos, de Londres: quiero empezar con gobiernos y quiero que me digan cuanto sea decible y convenga discurrirse según las intenciones del Congreso”. Carta de Manuel Antonio de Castro a José de Darregueira de 26 de agosto de 1816, en “Revista Nacional” cit., t. III, pág. 166. En otra carta le decía: “Como supongo que el Gobierno remite al Congreso suficiente número de ejemplares de cada periódico, no le remito los tres que han salido ya de mi “Observador Americano”. Avíseme Vd. ingenuamente qué opinión se forma de él, no precisamente en lo accidental de estilo, sino cuanto a los principios, porque mi deseo es acordar los míos, con los del gobierno del país, para formar opinión”. Carta de Manuel Antonio de Castro a José de Darregueira, de 7 de setiembre de 1816, en “Revista Nacional” cit., t. III, pág. 172.

cación semanal dedicada a los problemas de orden político y estudios sociales y jurídicos, cuestiones palpitantes puestas en debate en el Congreso de Tucumán.

La visión realista de la política le inspiró el concepto de que había una forma entre el despotismo antiguo y la absoluta democracia. La muchedumbre había sancionado lo contrario como un dogma, y no era lícito sugerir otra opinión sin peligro. Lo cierto es, afirmaba, que nuestros gobiernos se habían resentido de todas las formas de administración, sin haber pertenecido a ninguna y sin que el pueblo haya tenido libertad (').

Tal orientación le obligó a polemizar con periodistas partidarios de la República, redactores de "La Crónica Argentina".

Sus artículos sobre política, aunque equivocados por su inspiración monárquica, son eruditos y presentan un material original relacionado con toda América. La libertad es el resumen de los derechos del hombre —dice— y no es otra cosa que la facultad de hacer todo lo que la ley no prohíbe y, por consiguiente, el ciudadano es verdaderamente libre cuando depende de la Ley y ésta le asegura su persona, su propiedad y su honor. El ideal es el sistema de administración política que impida las frecuentes turbaciones de la anarquía, que nos asegure la entera libertad de nuestras personas y de nuestros bienes, de hablar a nuestros conciudadanos y explicarles nuestras opiniones, de no poder ser juzgados por el arbitrio y voluntad de los jueces, sino por los términos precisos de la Ley, de entregarnos al descanso del sueño seguros de despertar al día siguiente con la misma fortuna que poseíamos y de no ser arrebatados de los brazos de nuestras esposas y de

7 "El Observador Americano", N.º 1, lunes 19 de agosto de 1816, en la Biblioteca Pública de la Universidad de La Plata.

nuestros hijos a medianoche para ser conducidos a un desierto o encerrados en un calabozo. Y concluía afirmando que el sistema de gobierno que nos asegure estas prerrogativas será el más conveniente (⁸).

Observaba que bajo las apariencias democráticas no se ejercía el poder soberano de los pueblos, que en las Asambleas o Convocaciones populares no se había notado en los ciudadanos el vivo interés y las más de las veces se ocultan en el retiro de su casa, mientras el hombre sin domicilio, sin ocupación y sin propiedad había suplido sus sufragios (⁹).

Presentaba la sucesión rápida de las facciones políticas y la discordia llevando a todas partes la perturbación. Y una experiencia tan constante como amarga ¿no será poderosa para desvanecer las teorías de una libertad quimérica, que nadie ha gozado, cuanto más se ha proclamado? (¹⁰).

En artículos siguientes estudia la aplicación en nuestro país de la teoría de Montesquieu, en boga, sobre las relaciones entre la forma de gobierno y los factores físicos, examinando la influencia del clima y de la extensión territorial, llegando a conclusiones simples, afirmando, por ejemplo, que la Constitución Federal no podría guardar analogía proporcional con las Constituciones particulares y desemejantes de cada Estado, así como también que cuando el territorio es grande la naturaleza resiste los gobiernos republicanos sean unitarios o federados (¹¹).

⁸ "El Observador Americano", N° 2, lunes 26 de agosto de 1816.

⁹ "El Observador Americano", N° 3, lunes 2 de setiembre de 1816.

¹⁰ "El Observador Americano", N° 6, lunes 23 de setiembre de 1816.

¹¹ "El Observador Americano", N° 11, lunes 23 de octubre, y N° 12 del lunes 4 de noviembre de 1816.

En setiembre de 1816 el doctor Castro pronunció un elocuente discurso en el acto solemne de la jura de nuestra independencia, proclamada por el Congreso de Tucumán. Como Presidente de la Cámara de Justicia, en señal de respeto del primer Tribunal ante el Congreso Soberano, consideraba que había llegado el momento de reaccionar contra la humillación y la anarquía imperante que tanta sangre había costado. “El Camarista que habla así —dijo en un pasaje— perdió un hermano muy amado, víctima de su patriotismo y ha llorado la desolación de toda su familia”. Quería ver los sentimientos de seguridad y de paz substituyendo al espíritu de odio y de disensión que separaba a todos los ciudadanos, terminadas las turbulencias interiores, las fuerzas del Estado dedicadas únicamente a resistir los ataques exteriores, anatematizando la calumnia para respetar el orden y el talento del sabio y el celo del magistrado empleados en destruir y prevenir los errores. Terminó con esta invocación: “Sagrada libertad, precioso don de la naturaleza, ídolo de las almas fuertes, esa debe ser tu obra, para que así se afiance la independencia y se establezca la tranquilidad de nuestra patria” (12).



En noviembre de ese año, Castro desempeñaba con el deán Funes una misión política de pacificación en Córdoba, reintegrada a la jurisdicción del Directorio y sustrayéndola a la influencia de Artigas. En las Instrucciones se enunciaban diversos asuntos y se establecía que los comisionados procurarían obtener que Juan Pablo Bulnes desistiera de sus empresas turbulentas, se les auto-

12 “El Observador Americano”, N°. 5, lunes 16 de setiembre de 1816.

rizaba a tratar con el Gobernador Intendente y el Cabildo ⁽¹³⁾. Derrotado Bulnes en su intento revolucionario contra Ambrosio Funes, los comisionados fueron a Tucumán ⁽¹⁴⁾, de acuerdo con las Instrucciones, a proponer que el Congreso no se trasladara a Buenos Aires sino a Córdoba. Luego Castro pasó a Salta ⁽¹⁵⁾.

Fué importante la misión pacificadora y de unión realizada por Castro en Salta. Su vuelta a la ciudad natal le proporcionó gran emoción personal y satisfacciones patrióticas. Era entrañable el vínculo que le unía a Martín Güemes, habiendo sido su maestro. Del resultado de la labor del doctor Castro dió cuenta Güemes al Director diciéndole —en oficio fechado en Salta el 28 de diciembre de 1816— que estaba de acuerdo en el traslado del Congreso nacional a Córdoba, “el centro de los Pueblos Libres”, y que en cuanto a la invasión de los portugueses en el territorio oriental descansaba tranquilo en el celo y esfuerzos del gobierno y del heroico patriotismo de Buenos Aires, de que lo había informado el comisionado. En todas las demás indicaciones —continúa explicando Martín Güemes— hechas a nombre del Gobierno “que me han impuesto de ntra. verdadera situacion politica, hemos combenido en que la union de todos los Pueblos, bajo el supremo mando del Estado, es la arma invencible que debe salvarnos”. Después de ratificarle por escrito que esos eran los sentimientos que le animaban y que había tenido el honor de explicárselos verbalmente, aseguraba que no habría acontecimiento que le hiciera

¹³ Biblioteca Nacional, Sección Manuscritos, N.º. 5.712.

¹⁴ “Actas secretas del Congreso General Constituyente...”, reedición facsimilar de la Junta de Historia y Numismática Americana, Buenos Aires 1926, sesión secreta del 3 de diciembre de 1816.

¹⁵ Cartas de Manuel Antonio de Castro a José de Darregueira, fechadas en Córdoba, el 19 de noviembre de 1816, y en Salta el 18 de diciembre de 1816, en “Revista Nacional” cit., t. III, págs. 172-73.

dudar de su resolución, “y mientras yo gobierne la Prov^a de Salta, no se separará de la union y ovediencia a las autoridades supremas p^r mas que algunos enemigos de la felicidad gral. se atrevan a intentarlo”. Termina diciendo que el camarista doctor Castro le informaría de todo lo tratado, “pues le he abierto mi corazon y doy a V. E. gracias p^r haber elegido p^a esta comision a un sujeto de mi maior aprecio, de toda mi amistad y de la confianza de este pueblo” (16).

Es emocionada la despedida del doctor Castro al Cabildo de Salta, el 1°. de enero de 1817, a su regreso a Buenos Aires. Había recibido testimonios inequívocos de benevolencia y confianza, terminando felizmente su misión. Su condición de hijo de Salta —“que me honra mucho”, amor al suelo “en q^e respiré el primer aliento de mi vida”, dice— le había puesto en condición de ver de cerca la delicada situación política explicándola ahora públicamente, “para que se precava contra las insidiosas tentativas del maligno genio de la discordia, que ha llegado a desquiciar más de una vez el edificio social, descompaginando sus elementos; dividiendo los pueblos de los pueblos, las autoridades de las autoridades, los hombres de los hombres; cortando aquel enlace recíproco, aquel encadenamiento sistemado, aquella union intima, sin la qual jamas podremos formar una nacion”. Preconiza con unción y sabiduría la necesidad de unirse para asegurar la felicidad general, no la unión quimérica y nominal sino “una union legitima y constitucional”, porque la formación de un Estado nuevo no puede ser obra del concurso casual de circunstancias felices, sino de la meditación y las virtudes. “El orden social —expone concep-

¹⁶ Archivo del doctor Luis Güemes. Agradezco al doctor Luis Güemes la atención que ha tenido facilitándome la consulta de este y otros documentos.

tuosamente— es una cadena de obediencias, q^e empieza desde el último ciudadano y acaba en el primer magistrado. Es necesario eslabonarla de un modo indisoluble. Respetemos las autoridades, q^e nosotros mismos hemos constituido. Sujetemonos al imperio de la Ley. Establezcamos la concordia general e individual...” (17).



El doctor Castro fué el último Gobernador Intendente de Córdoba, designado en reemplazo de Ambrosio Funes en marzo de 1817, desempeñando el cargo por más de un año y medio. Es realmente admirable la actividad desplegada en diversos órdenes de gobierno, iniciativas y resoluciones, comunicadas oportunamente al Director Supremo Pueyrredón (18).

Fué un reformador de la Universidad de Córdoba. Con nuevos documentos —que me complace en dar a conocer en esta oportunidad— se puede ilustrar esta acción eficaz del doctor Castro, quien tres meses después de hacerse cargo del gobierno —hacia junio de 1817— escribe al Director Supremo, llamándolo a la atención sobre el estado en que se encontraba ese antiguo y prestigioso establecimiento de la Universidad de Córdoba. No ha desmerecido ni con las alternativas y vicisitudes de la Revolución —expone— el justo concepto y glorioso nombre que la seriedad de sus estudios le señaló, antes bien, había mejorado con la enseñanza de las ciencias exactas y naturales, de acuerdo con el nuevo método introducido por su benemérito Rector el deán Funes. Pero con la guerra se habían agotado los fondos y medios

¹⁷ Archivo del doctor Luis Güemes.

¹⁸ IGNACIO GARZON, “Crónica de Córdoba”, Córdoba, 1898, t. I. pág. 289.

de subsistencia de la Universidad, viendo con dolor que sus cátedras se hallaban sin asignaciones, desempeñadas gratuitamente por sus profesores. Consideraba que no podía descansar en un recurso excepcional el sostén de este "plantel de la juventud americana", y como gobernador, como ciudadano americano y como hijo de la Universidad y miembro del claustro, no podía presenciar sin tristeza su decadencia. El claustro le había representado pidiéndole la renta episcopal sobre los diezmos, que nunca bajaban de diez o doce mil pesos, cantidad sobreabundante para la mantención y decoro del mitrado de Córdoba. Proponía que se gravara esa renta en parte en favor de la Universidad, y con ese seguro ingreso se podían dotar regularmente sus cátedras y establecerse otras dos de ciencias exactas o naturales, que eran muy necesarias.

Con fecha 17 de setiembre de ese mismo año de 1817, Castro elevó una representación al Director Supremo, sobre la decadencia y pobreza del Colegio de Monserrat que en otros tiempos había sido opulento en rentas, ganados y frutos. "La mala administración y poca economía de los anteriores Rectores ha destruído los ganados vacunos y lanar de la pingüe estancia de Caroya, ha dejado arruinarse sus edificios y ha dejado viciarse la Esclavatura. La miseria actual de los Padres de familia que enviaban sus hijos al Colegio, pone al Rector en la necesidad de hacerles rebajas considerables, en la cuota de alimentación que anualmente debían pagar porque de otra manera no tenían colegiales". El doctor Castro auspicia los medios que propone el Rector, pero, no considerándolos suficientes, agrega otros ⁽¹⁹⁾.

¹⁹ Archivo General de la Nación, GOBIERNO NACIONAL, GOBIERNO CORDOBA, 1817, Legajo N.º 7, S. V, C. V, A. 10, N.º 3.

Estos proyectos ponen en evidencia sus iniciativas en favor de la cultura de Córdoba, y el decreto marginal de Pueyrredón y Tagle, de 27 de diciembre de 1817, en el que se declara que es objeto primordial del gobierno promover los progresos de la instrucción pública, y su designación como visitador de la Universidad de Córdoba, son documentos demostrativos de que la inspiración correspondió al doctor Castro. Los decretos de Pueyrredón, respecto a la Universidad de Córdoba, anticipan el proyecto de ley sobre creación de la Universidad de Buenos Aires, antecedentes que, sin duda alguna, han concurrido a promover su fundación.

El doctor Castro fué recibido con gran solemnidad por la Universidad, citada especialmente para claustro pleno, el 23 de abril de 1818. El cuerpo de la Universidad con sus insignias, acompañado del Deán y Cabildo, guardando orden de antigüedad en sus grados, partió a la casa del Visitador. De allí la comitiva salió con el Ayuntamiento y cuerpo de la Universidad, precedidos por las comunidades y pueblo, y en la retaguardia el cuerpo de militares. En la Universidad el Visitador ocupó el lugar principal y puesto elevado, teniendo a su derecha al Cabildo, los prelados y la oficialidad, a su izquierda la Universidad y claustro, y en los demás lugares los colegios y el pueblo. El doctor Castro llevaba las insignias de la Facultad que había cursado en Córdoba, y lo propio hizo el Alcalde de primer voto tomando el asiento que correspondía a su antigüedad.

Leído por el secretario el título y nombramiento de Visitador, habló el Presidente del Claustro, doctor Joaquín Pérez, quien hizo reseña de las últimas reformas universitarias en Córdoba, especialmente la del deán Funes y exaltó las cualidades de la personalidad del doctor Castro.

En el discurso que a continuación dijo este último se exponen conceptos fundamentales sobre la cultura y la tradición de la Universidad de Córdoba, cuna de hombres eminentes “que a despecho del despotismo español han brillado como antorchas en la larga noche de la ignorancia colonial y que hoy sostienen con sus talentos y virtudes la dignidad y los derechos de América”. Esta gloria debía conservarla Córdoba —agregó— a costa de los mayores esfuerzos, por el decoro de la ciudad y el bien general de la Nación. El trastorno de la Revolución no era el medio más favorable para el fomento de la educación pública y cultivo de las ciencias, pero había llegado la oportunidad de que los amigos de la ilustración del país desplegaran todos los arbitrios para fomentar los establecimientos literarios.

“Ahora es —observó— cuando el genio de la Patria colocándose al nivel de la grandeza de sus elevados designios, al mismo tiempo que emplea en el campo de Marte todas las fuerzas del Estado, debe reunir en el templo de Minerva todos los talentos del Estado”.

Los militares, los magistrados, los comerciantes se aplicaban a sus asuntos y era muy natural que hicieran lo propio los hombres de letras, aumentando el caudal de las luces que la América necesitaba en su nuevo destino e ilustrando a sus conciudadanos para que por convencimiento de principios amasen sus deberes, su Gobierno, su Patria y sus leyes.

En un pasaje elocuente de su discurso, dijo el doctor Castro:

“De aquí: de estas ilustres casas es, de donde deben nacer y propagarse las clarísimas ideas del orden, de la justicia, de la armonía social, las máximas de un Gobierno reglado, de una sabia legislación, únicos fundamentos de la felicidad de los pueblos. De aquí es, de donde los que han de mandar en el Estado, sacarán los

sólidos conocimientos de lo que deben prescribir; y los que han de obedecer, deducirán los motivos de una obediencia voluntaria, que es todo el arcano de la libertad a que aspiramos. Principatus sensati stabilis erit'' (20).

Estaba en vigor en la Universidad, en parte, la reforma del deán Funes, redactada en 1813 y aprobada por el claustro y el gobierno en 1815. El plan de Funes era avanzado, desde los puntos de vista de la inspiración y variantes introducidas. Se creaba la Facultad de Jurisprudencia, enseñándose en los cuatro años de estudio, derecho romano, derecho canónico, legislación nacional y ejercicios prácticos. Con la introducción de la Legislación Patria, se afirmaba que "nuestra Revolución ha hecho caducar las leyes que dieron los Reyes de España para las Américas" (21).

Pero el doctor Castro, en su carácter de visitador, llevó a cabo una reforma general en la Universidad de Córdoba. Lo dijo en su discurso: corregir sus abusos, rectificar su método, organizar sus instituciones, arreglar sus rentas, proveer a la dotación de sus profesores, "darle un nuevo aliento y elevarla si es posible al grado de esplendor que conviene a la dignidad de su instituto". Reconoce que el benemérito deán Funes había comenzado esta gran obra, y que la hubiera concluído con éxito, pero su ausencia interrumpió

20 "Relación de la solemne apertura de visita celebrada el veintitrés de abril de 1818 por el Sr. Dr. D. Manuel Antonio de Castro vocal decano de la Exma. Cámara de Apelaciones y Gobernador Intendente de esta Provincia. Nombrado Visitador de esta Universidad y Colegio de Monserrat por el Exmo. Sr. Supremo Director de las Provincias Unidas de Sud América D. Juan Martín de Pueyrredón. Consagrada a la memoria de sus hijos. Buenos Aires. Imprenta de los Expósitos, 1818". (En el archivo del Dr. Luis Güemes).

21 JUAN M^a. GARRO, "Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba", con apéndice de documentos, Buenos Aires, 1882, página 246 y ENRIQUE MARTINEZ PAZ, "El Plan de Estudios del Deán Funes", en "Biblioteca Nacional, Catálogo de Manuscritos", director doctor Gustavo Martínez Zuviría; Buenos Aires, 1940, pág. 25.

pió la labor. Las modificaciones introducidas por el doctor Castro se refieren al método y plan de estudio, así como también a la disciplina universitaria, y se hicieron de acuerdo con la Comisión de Claustro y principales catedráticos. Abarcaba la enseñanza de la Gramática, Filosofía, Teología y especialmente Jurisprudencia. En los estudios de Jurisprudencia se aumentaron las cátedras sin aumentar el número de catedráticos que consintieron gustosos en virtud de la escasez de fondos, pues en un solo año del plan del deán Funes, era imposible cursar los cuatro libros de la "Instituta" de Justiniano y en otro la "Suma del cuerpo canónico", que pasaban a estudiarse en los dos primeros años. En el tercer año se enseñaba la "Instituta" de Castilla y las "Antigüedades" de Selvagio y en el cuarto y último año, el derecho público y de gentes y la cátedra de Cánones y conocimientos de los Concilios. En el plan anterior el cuarto año se había destinado para ejercitar a los estudiantes "en el género judicial", siguiendo a Terencio, Cicerón, Salustio, Tito Livio y Tácito. Decía el deán Funes, que procedía de la entraña de la Revolución misma, que el arte de Demóstenes y Cicerón es de gran utilidad al orador sagrado, al forense, al hombre de Estado, al embajador, al general del Ejército, en una palabra, a todo aquel que se propone conmover y persuadir. Donde pueden apreciarse mejor sus ventajas es en las sociedades regidas por gobiernos republicanos, porque entonces la libertad le presta sus alas y adquiere aquel vigor que conduce a la más alta elocuencia. Pero desde que se había adoptado, nunca se consiguió la instrucción deseada, "porque los estudiantes que son idóneos para la enseñanza del derecho no lo serán tal vez para la de la elocuencia forense, como por falta de estos autores y de modales prácticos, que se proporcionan más fácilmente en el foro, cerca de los Tribunales superiores". Esta declaración de ausencia de profesos-

res con vocación para la oratoria, era en cierto modo una crítica a ese “género judicial” grandilocuente, estimándose que tales enseñanzas se exponían más fácil y prácticamente en el foro mismo.

En el dictamen del visitador y profesores se deja constancia del perjuicio que causaba la brevedad del año escolar, por cuya razón y en mérito a los asuetos extraordinarios que ocurrían con frecuencia se dispuso que el año comenzaría el 1º. de marzo, cerrándose el 15 de noviembre y debiendo dar principio los exámenes a los ocho días de esta última fecha.



El visitador doctor Castro hizo mucho más por el progreso de la Universidad de Córdoba. Creó el Archivo General de la Universidad —iniciativa de trascendencia para la historia de la corporación— mandando recoger los documentos, escrituras y papeles en poder de particulares y prohibiéndose que en lo sucesivo se extrajese ningún original ⁽²²⁾.

También se ocupó de la Biblioteca, promoviendo su reorganización. La Biblioteca de la Universidad de Córdoba se había fundado hacia 1812, como consecuencia de la fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. En esa fecha se decretó que los otros libros de Temporalidades existentes en Córdoba, después del envío que se había hecho, se destinaran a la Universidad, para formar una Biblioteca “por no alcanzar el valor de los libros a cubrir el costo de su traslación a Buenos Aires” ⁽²³⁾.

²² JUAN M. GARRO, “Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba”, con apéndice de documentos, cit., pág. 264.

²³ RICARDO LEVENE, “El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires”, Buenos Aires, 1938, pág. 42.